

Descubrir al Resucitado en tiempos de pandemia

Homilías de Semana Santa 2020



Cardenal Juan José Omella
Arzobispo de Barcelona

Anima Sedis

Consejo Editorial

Excel·lentíssim Capítol de la Catedral de Barcelona

Diseño gráfico y maquetación

**DISCRE
PANTIA**

GC Gasulla
Comunicació

© **de la edició:** Catedral de Barcelona

Pla de la Seu, s/n

08002, Barcelona

© **del texto:** el autor

© **de las imágenes:**

Catedral de Barcelona, fotógrafo: Guillem F. Gel

Mayo 2020

ISBN PENDIENTE

DL PENDIENTE

www.catedralbcn.org

publicacions@catedralbcn.org

Descubrir al Resucitado en tiempos de pandemia
Transcripción de las homilías predicadas en la Catedral de
Barcelona durante la Semana Santa de 2020

† Cardenal Juan José Omella
Arzobispo de Barcelona

Prólogo

Como la gran mayoría de países del mundo, nuestra Archidiócesis de Barcelona ha vivido la Semana Santa del año 2020 como una de las más excepcionales de la época moderna.

Confinados en nuestras casas por una pandemia que ha afectado a la totalidad de la población mundial, las familias cristianas se han visto obligadas a seguir estas celebraciones, a celebrar los grandes acontecimientos de nuestra fe como son la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, ante la TV y otros medios audiovisuales.

Nuestra Catedral ha ofrecido a los fieles de nuestra Archidiócesis todos los actos litúrgicos a través de diferentes medios audiovisuales, ya que, siguiendo las medidas propuestas por las autoridades sanitarias, no se podía contar con su presencia física.

El cardenal Juan José Omella, arzobispo de Barcelona, ha presidido todas las celebraciones de esta Semana Santa y Pascua. Acompañado físicamente de unas cuantas personas, pero seguido de muchas a través de los medios audiovisuales.

El Cabildo ha recogido las homilias de estos días y las publica en esta colección de la Catedral de Barcelona porque deseamos que sus palabras, en estos tiempos de pandemia, nos ayuden a descubrir al Señor Resucitado, aquel que llevó su cruz hasta el Calvario y nos invitó a seguirlo.

De todo corazón os deseo que las enseñanzas de nuestro arzobispo os ayuden a vivir con más intensidad nuestra vida cristiana en estos difíciles momentos.

Mn. Josep Ramon Pérez

Deán-presidente del Excmo. Cabildo Catedral de Barcelona

Índice

Prólogo

No te bajes de la Cruz

Homilía del Domingo de Ramos 2

Llevemos por todas partes, siempre, el perfume de Dios

Homilía de la Misa Crismal 9

La Belleza del Amor salvará al mundo

Homilía del Jueves Santo 18

Ante Cristo que muere por salvarnos, ¡oremos!

Homilía del Viernes Santo 26

Cristo ha vencido a la muerte, ¿por qué tener miedo?

Homilía de la Vigilia de Pascua 35

¿Qué ceguera nos impide ver al Resucitado?

Homilía del Domingo de Pascua 42

NO TE BAJES DE LA CRUZ



DOMINGO DE RAMOS

6 de abril de 2020

«El primer día de la fiesta en que se comía el pan sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: ¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua? Él les contestó: Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: ‘El Maestro dice: Mi hora está cerca, y voy a tu casa a celebrar la Pascua con mis discípulos» (Mt 26, 14-26, 66)

Queridos hermanos y hermanas, sobre todo vosotros que seguís esta celebración por la televisión y Radio Estel, todos vosotros que estáis en los hospitales, en vuestra casa, en residencias de ancianos... Todos vosotros, estáis muy presentes aquí.

La verdad es que ver la catedral vacía da escalofríos. Antes de venir a la celebración de hoy, he visto durante un momento, en la televisión, como el Papa también celebraba en la basílica de San Pedro, en Roma, y estaba vacía, como aquí en la catedral. Qué frialdad.

Da escalofríos también el hecho de que vosotros debéis seguir esta celebración desde vuestra casa, un día tan grande como hoy, Domingo de Ramos, cuando íbamos a la Sagrada Familia, a la parroquia, a la Catedral...; íbamos por todas partes con los ramos y los palmones, con alegría; hoy, todos encerrados en casa por culpa de esta pandemia. Esto es entrar en la pasión de Cristo, durante la Semana Santa, probablemente de un modo más parecido a como la vivió Cristo. Él entró en una pasión dura, difícil, una Semana Santa muy dura.

Y es verdad que hoy Jesús entra con las palmas, con todos cantando *Hosanna al que viene en nombre del Señor*. Jesús entra con humildad; esta semana, nosotros también entramos con humildad. Él entra sobre un asno, un pollino, entra con

humildad. Y viene, dicen, en nombre de Otro. No es él el importante, sino quien lo ha enviado. Yo cumplo su voluntad, yo estoy aquí por Él. Él quiere dar todo el protagonismo al Padre. ¡Qué humildad!



Nosotros, quizá, debemos aprender también a vivir con esta humildad de Jesús. No creer que somos el centro del mundo, más importantes que Dios, más importantes que los demás. No, nosotros somos los últimos de todos, como decía también San Pablo: Yo, elegido por el Señor, soy el último, el más pecador de todos. Aprender a vivir esta humildad nos ayudará a situarnos de otro modo en la sociedad, en la familia, en nuestro trabajo y en nuestra propia vida. Esta es la primera enseñanza que podemos encontrar.

Lo llevaron a crucificar

La segunda enseñanza la extraemos del relato evangélico que recoge como los que pasaban ante Jesús crucificado se burlaban de él y, riéndose de su sufrimiento, le hacían dos sugerencias sarcásticas: Si eres el Hijo de Dios, *sálvate a ti mismo, bájate de la cruz*. Si eres el Hijo de Dios, *sálvate*.

Hoy, también, alguien se ha reído porque durante esta epidemia dedicamos tiempo a rezar e invitamos a la gente a hacerlo. Se repite la historia.

Nuestra reacción debe ser de solidaridad en la ayuda material y en la espiritual. No podemos pensar en salvarnos solo a nosotros mismos, pensar solo en nuestro bienestar y, por consiguiente, evitar la cruz personal.

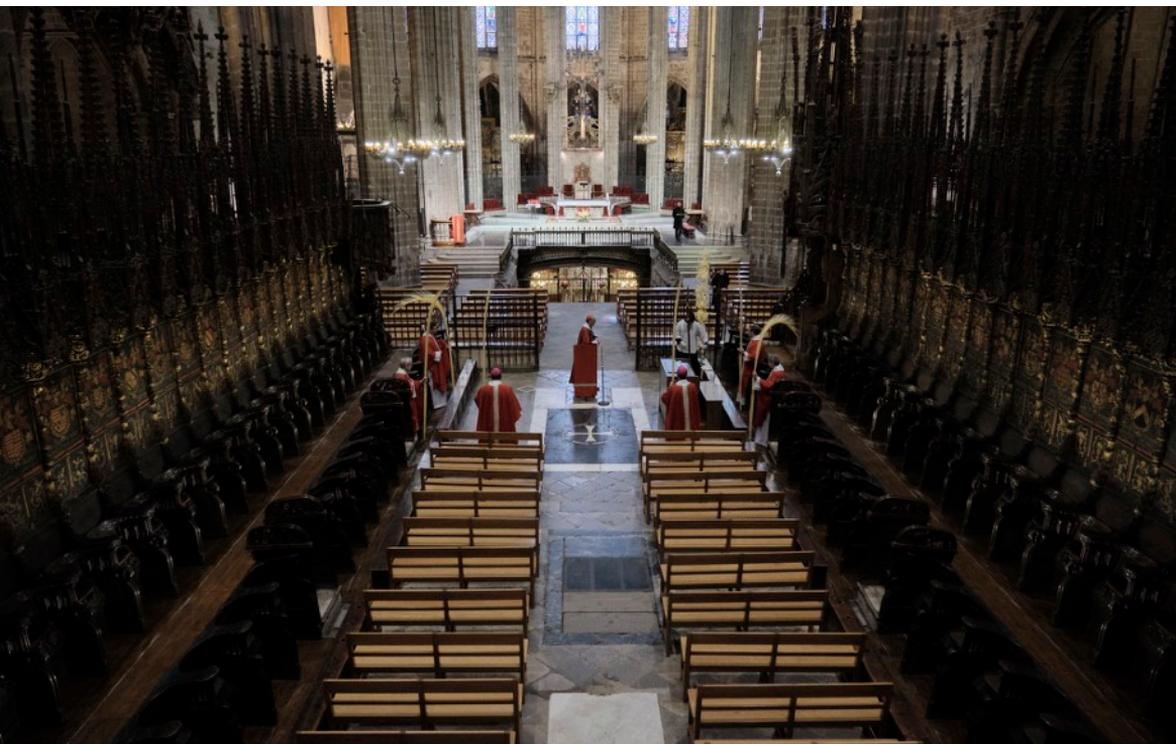
El sufrimiento es una realidad muy actual y muy dura. ¿Podemos pensar solo en nosotros mismos y en nuestra felicidad? Seríamos egoístas.

Jesús no responde a la provocación de los que se burlan de él. No pronuncia palabra alguna, acabamos de escucharlo en la Pasión. No es el momento de dar explicaciones. Su respuesta es el silencio. Un silencio que es respeto a quienes lo desprecian, comprensión de su ceguera y, sobre todo, compasión y amor.

Jesús solo rompe su silencio para dirigirse a Dios con un grito desgarrador: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* No le pide que lo salve bajándolo de la cruz. Solo que no se oculte, ni lo abandone en este momento de muerte y

sufrimiento extremo. Y Dios, su Padre, permanece en silencio. También hoy permanece en silencio.

Solo escuchando hasta el fondo ese silencio de Dios, descubrimos algo de su misterio. Dios no actúa como un ser poderoso y triunfante, tranquilo y feliz, ajeno al sufrimiento humano, sino que actúa en el silencio, en la aparente impotencia y con toda humildad. Es un Dios que sufre con nosotros el dolor y la oscuridad, hasta la misma muerte. Hoy está en las clínicas, en las residencias, en los domicilios de tantos y tantos hermanos nuestros que sufren y mueren. Está contigo en tu casa, en tu hospital, en tu residencia. Dios también sufre y muere en el silencio de estos hermanos nuestros.



Por eso, al contemplar al crucificado, a los “crucificados de estos días”, nuestra reacción no es de burla o desprecio, sino de oración confiada y agradecida. Decimos al Señor:

No te bajes de la cruz. No nos dejes solos en nuestra aflicción. ¿Para qué nos serviría un Dios que no haya vivido nuestra cruz? ¿Quién nos podría entender?

¿En quién podrían confiar los enfermos del Covid-19, sus familiares, los sanitarios y tantos y tantos que están en los servicios especiales y esenciales? ¿Dónde podrían poner su esperanza las personas que hoy no ven futuro en sus vidas personales? ¿A qué se agarrarían los enfermos crónicos y los moribundos? ¿Quién podría ofrecer consuelo a las víctimas del coronavirus? No, Señor. No te bajes de la cruz, pues si no te sentimos **crucificado** junto a nosotros, en los hospitales, residencias y domicilios, nos veremos más **perdidos**.

Tú nos das paz y consuelo. Hermanos, que esta paz y este consuelo del crucificado, resucitado, pero crucificado, esté hoy y siempre con vosotros.

AMÉN

**LLEVEMOS POR TODAS PARTES,
SIEMPRE, EL PERFUME DE DIOS**



MISA CRISMAL

7 de abril de 2020

«Había un hombre llamado Naamán, jefe del ejército del rey de Siria, muy estimado y favorecido por su rey, porque el Señor había dado la victoria a Siria por medio de él. Pero este hombre estaba enfermo de lepra» (2Re 5, 1-27)

Queridos hermanos y hermanas que estáis aquí presentes y a todos aquellos que participáis a través de internet o de la televisión. Hoy celebramos esta Misa Crismal en la cual bendeciremos el óleo de catecúmenos y el óleo de enfermos y consagraremos el Santo Crisma.

Me viene a la memoria aquella historia que nos narra la Biblia, la que explica como Naamán, el jefe del ejército del rey de Siria, que era un hombre fuerte y poderoso, contrajo una enfermedad, la lepra. Los leprosos, en aquellos tiempos, no tenían cura; los enviaban lejos de la población para que no contagiaran al resto.

Este visitó a todos los médicos famosos del país, pero nadie podía curarlo. Finalmente, ya desesperado, su criada, una judía, le dijo: Mire, en mi país hay un profeta que cura, que salva, en el nombre de Dios. ¿Por qué no lo intenta, por qué no va? Él, al llegar a Israel, lo primero que hizo fue ir a ver al rey y el rey le dijo: Yo no puedo hacer nada por ti, visita a ese profeta.

Se fue con un montón de regalos para el profeta Eliseo. Le pidió ayuda y este le respondió: No, no quiero ningún presente, yo no tengo poder alguno, solo puedo rezar al Señor para que puedas curarte. Y rezó a Dios y le indicó: Ahora durante siete días irás a bañarte al río Jordán.

El Jordán era un río pequeño en comparación con los que él tenía en su país y se enfadó: ¿Por qué me envía a bañarme al río Jordán, acaso no tenemos ríos en Siria? ¿Por qué me envía allí? No voy a ir. No quería ir; quería

volver a su país. Sus criados, aquellos que le acompañaban, le dijeron: Pero, si no te cuesta nada, inténtalo; ya que estamos aquí, báñate, cumple lo que te ha mandado y probemos. Ya has intentado tantas cosas que no han ido bien, que por otra más...

Así lo hizo. Se bañó durante siete días en el río Jordán y al séptimo día, la lepra desapareció de su cuerpo. Fue el Señor quien lo curó. Ante esta experiencia vivida por Naamán, yo me pregunto: ¿una cosa tan sencilla como bañarse en un río, qué poder tiene? Es Dios quien tiene el poder.

Y ahora pensemos en los óleos, ¿para qué sirve una cosa tan simple como el aceite, aunque esté perfumado como es el caso del crisma? ¿Puede dar la salvación? ¿Puede curar a un enfermo? Este es el tema.



Mirad lo que dice San Cirilo de Jerusalén:

«Cristo fue ungido con el aceite espiritual de júbilo – acabamos de escucharlo en el evangelio–, es decir, con el Espíritu Santo, que se llama aceite de júbilo, porque es el autor y la fuente de toda alegría espiritual, pero vosotros, al ser ungidos con ungüento material, habéis sido hechos partícipes y consortes del mismo Cristo.

No se te ocurra pensar que se trata de un simple y común ungüento. Pues, de la misma manera que, después de la invocación del Espíritu Santo, el pan de la Eucaristía no es ya un simple pan, sino el cuerpo de Cristo –esto es precioso, piensa en la Eucaristía, aquel trocito de pan que a través de las palabras del sacerdote, en nombre de Cristo: Este es mi cuerpo, Cristo se hace presente–; así aquel sagrado aceite, después de que ha sido invocado el Espíritu en la oración consagradoria, no es ya un simple aceite ni un ungüento común, sino el don de Cristo y del Espíritu Santo, ya que realiza, por la presencia de la divinidad, aquello que significa. Por eso, este ungüento se aplica simbólicamente sobre la frente y los demás sentidos, para que mientras se unge el cuerpo con un aceite visible, el alma quede santificada por el Santo y vivificante Espíritu» (Catequesis, 21. Mistagógica 31).

Dentro de unos instantes, bendeciremos el óleo de los catecúmenos y de los enfermos, y consagraremos el Santo Crisma. Os propongo adentrarnos con sencillez en lo que significa cada uno de esos aceites, que presentamos al Señor para que los bendiga y consagre.

Óleo de los catecúmenos

Con su unción, recibimos la fuerza para luchar contra las fuerzas del mal. Los atletas, en la antigüedad, fortificaban su cuerpo con aceite y, si sus enemigos

pretendían agarrarlos, se deslizaban con facilidad porque su cuerpo estaba untado con aceite.

Pidamos al Señor que nos conceda saber identificar y poder librarnos de las asechanzas del enemigo, del demonio, del Príncipe del mal. En la cultura de hoy, a veces el mal va disfrazado de modernidad, de estar al día, de una especie de caridad que pospone la verdad. La tentación es fuerte y necesitamos estar ágiles.

El combate cristiano no es la militancia de la intransigencia ni de la ruptura, sino que sus armas son la negación de uno mismo, el diálogo paciente con el otro, la oración y la misericordia. Pidámosle al Señor que nos mantenga en la firme decisión de luchar contra el mal con las armas del bien. Así nos lo recomienda San Pablo: *Fortaleceos en el Señor. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las asechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los espíritus del Mal que están en las alturas. ¡En pie! Ceñíos la cintura con la Verdad y revestíos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el celo por el Evangelio de la Paz (Ef 6,10-18).*

Óleo de los enfermos

Después bendeciremos el óleo de los enfermos. Mirad, los pobres y los enfermos son los preferidos del Señor. En los primeros capítulos del Evangelio de San Marcos se ve con toda claridad: se acercaban a él en busca de curación, de consuelo y de paz. Los dos primeros capítulos de Marcos lo describen muy bien.

La Iglesia pone en manos de los presbíteros esa maravillosa medicina de la Unción, unida a la invocación de la ayuda divina. Dice la carta de Santiago: *¿Está*

enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y lo unjan con óleo en nombre del Señor. Y la oración hecha con fe salvará al enfermo (St 5,14-15).

Queridos hermanos, cuidemos mucho la pastoral de los enfermos. Son los preferidos del Señor. Visitarles en sus casas y los hospitales es la mejor manera de anunciar la Buena Nueva de Jesús. Ahora, en tiempo de pandemia no podemos hacerlo, pero cuidémoslos cuando salgamos de la epidemia. En ellos nos espera el mismo Jesucristo, ellos necesitan la presencia entrañable y discreta de alguien que siempre lleva la paz, el consuelo y la esperanza.

Estos días, muchos médicos y enfermeras o enfermeros están haciendo este servicio. También porque son cristianos y llevan ese consuelo. No vayamos solo a los que nos lo piden o a nuestros más cercanos colaboradores. Todos agradecen la visita, el consuelo y la oración del presbítero y de los cristianos. Hagamos este ministerio con humildad, ternura, asiduidad y osadía, pero con la suficiente delicadeza para no hacernos pesados.

El Santo Crisma

Por último, la consagración del Santo Crisma. Cada vez que alguien es bautizado, confirmado o ungido presbítero, recordamos nuestra propia unción y hacemos memorial de las palabras de Jesús: *El Espíritu del Señor está sobre mí -como decía el evangelio de hoy-, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18-19).* Proclamar el año de gracia, de perdón, de misericordia del Señor.

Sí, hermanos, el Señor nos ha ungido y nos ha hecho sus hijos; nos ha hecho templos de su Espíritu, portadores de su presencia amorosa y transformadora. Vivamos con gozo el precioso don de la fe y de la vida cristiana. No nos avergoncemos de ser los ungidos del Señor. Llevemos por todas partes, en toda ocasión, el perfume de Dios, el suave y precioso aroma de un amor servicial, acogedor, que disculpa todo, que no exige nada a nadie. Profundicemos en el gran don que hemos recibido del Señor y seamos consecuentes.

No cabe en nosotros, ungidos de Dios, la impureza, la hipocresía, la falsedad, la cobardía..., en definitiva, el pecado. Estamos llamados a ser buen olor de Cristo. Recordad que necesitamos jóvenes en la Iglesia, para ungirlos con el Santo Crisma en el sacramento de la confirmación, para fortalecerlos en el camino de la vida religiosa, para consagrar sus manos en el sacerdocio.

Oremos los unos por los otros, para que el Señor nos dé acierto en la pastoral juvenil y vocacional y nos mantenga a todos en el camino de la santidad.

Conclusión

Y para acabar, en este tiempo de la pandemia del coronavirus necesitamos que la medicina encuentre el remedio para vencer esta enfermedad. Recemos para que el Señor ilumine a los científicos y les ayude a encontrar pronto el remedio. Gracias a Dios, en medio de tantos afectados y tantas muertes, muchos enfermos ya se están curando.

Pero no olvidemos que la medicina espiritual también es necesaria y muchos enfermos la necesitan y la piden. No temamos ofrecer ese remedio que es la unción de enfermos y el viático, la comunión del

Cuerpo del Señor. Los Santos Padres llamaban al viático, a la comunión de los enfermos, “fármaco de eternidad”, comida para el gran viaje hacia la casa del Padre.

Ojalá que los enfermos puedan recibir este consuelo, este don, aunque sabemos que en este tiempo de pandemia es un poco complicado y lo entendemos. Pero vosotros, médicos y enfermeros, sacerdotes que estáis en los hospitales, podéis hacer mucho bien estos días.

Que Dios bendiga a los enfermos y a sus cuidadores. Que Dios bendiga a todas las familias. Y a vosotros que seguís esta eucaristía desde vuestras casas, que Dios os bendiga y os dé la paz.

AMÉN



LA BELLEZA DEL AMOR ES LO QUE SALVARÁ AL MUNDO



JUEVES SANTO

9 de abril de 2020

«Se levantó de la mesa, se quitó la ropa exterior y se puso una toalla a la cintura. Luego vertió agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba a la cintura» (Jn 13, 4-5)

Hermanos obispos auxiliares, hermanos concelebrantes, queridos hermanos y hermanas que seguís la celebración a través de 8TV, de Radio Estel o por el canal de YouTube de la Catedral.

Lavatorio de pies

Hoy es un día grande para los cristianos. Día grande en medio del dolor que llevamos todos en el corazón por la dolorosa situación causada por la pandemia que nos rodea y que tarda en desaparecer. Es cierto que, tras todo nuestro esfuerzo de confinamiento, parece que empezamos a ver un poco de luz al final del túnel.

El evangelio que acabamos de escuchar nos presenta a Jesús, el Hijo de Dios, con los doce apóstoles, celebrando la Cena Pascual en una casa. Él era consciente de lo que ocurría y conocía la dificultad a la que se enfrentaría cuando subiera al Calvario y fuera clavado en una cruz. Sabía que uno de ellos lo vendería por treinta monedas de plata y que los otros lo abandonarían.

Y en este contexto, en medio de este ambiente, Jesús se levanta, se ciñe la toalla, coge un barreño y lava los pies de los apóstoles. Hace una acción que estaba reservada a los esclavos y a los siervos, jamás a los amos ni a los maestros. Una hermosa acción que nos muestra la humildad de nuestro Dios, la capacidad de servicio y de amor de Cristo, su gran corazón y su

infinita bondad. Con este gesto está diciendo que los perdona, que los ama y que no tendrá en cuenta su pecado de traición y de abandono.

Cristo aparece como el siervo de los siervos, el servidor de todos, el que sabe perdonar y amar por encima de las maldades y pecados de los apóstoles.

Viendo esta actitud humilde de Cristo, su capacidad de servicio, me viene a la memoria la actitud de todas las personas que en estos días se han arremangado, que se han equipado como han podido para ayudar a los afectados por el coronavirus sin preguntar nombres, procedencia, religión, ideas políticas... Unos lo han hecho en los hospitales, otros desde casa confeccionando mascarillas, ofreciendo comidas, colaborando con dinero para posibilitar estas comidas. También han surgido iniciativas de empresas que han cambiado su producción para fabricar material e instrumentos para ayudar a los enfermos y al personal sanitario... ¡Qué manifestación más impresionante de generosidad, de solidaridad y de amor servicial!

Gracias, Señor, por tanta gente buena y generosa. Una sociedad que sabe humillarse para servir y buscar el bien de los hermanos es una sociedad que tiene futuro.



Amaos los unos a los otros

La otra enseñanza que podemos recoger de la fiesta de hoy es que el Señor nos regala su mandato: «*Amaos los unos a los otros como yo os he amado*». Sí, es la fiesta del Amor, es la cena del Amor. Jesús nos ama hasta dar la vida por nosotros. Nos ama sin distinguir personas, razas, ideologías, procedencia...

Hay una preciosa oración en el misal, que se reza el domingo 23 del tiempo ordinario, que dice: «*Oh Dios, que manifiestas tu poder con la misericordia y el perdón*». Sí, la grandeza de Dios, el poder de Dios está en su amor y en su misericordia.

El diablo llevó a Jesús al alero del templo y le dijo: «*Si eres el Hijo de Dios tírate de este alero y los ángeles te recogerán con sus manos*» (Lc 4, 9-10). Hubiese sido un milagro prodigioso, pero Jesús no cayó en esa tentación. En lugar de hacer milagros prodigiosos abre sus brazos y se deja clavar en la cruz por amor a todos, por amor a ti y a mí.

¿Recordáis lo que le decía Hipólito, el ateo, al príncipe Misikin, en *El idiota*, obra escrita por Dostoyevski? Decía delante de un joven moribundo: «¿No dijiste, príncipe, que lo que salvaría al mundo era la belleza? Y mirando al moribundo decía, ¿qué belleza?» La respuesta no es otra que la belleza del amor.

Queridos hermanos y amigos, ¿no es esa belleza la que nos ofrece el Señor, amando y perdonando a todos e invitándonos a hacer lo mismo? ¿Podemos seguir aceptando la insolidaridad, el descarte de mucha gente, de los mayores porque ya no producen o porque ya no son jóvenes, de los niños no nacidos, de los discapacitados...? La belleza del amor es lo que salvará al mundo.

Y es hermoso ver que en estos días del coronavirus hay tanto amor y solidaridad.

Eso es lo que vemos en los hospitales, en las residencias, en las fábricas donde hacen materiales para ayudar a salir de esta pandemia, en los voluntarios que se entregan con mucha generosidad, en los comedores parroquiales, en las Cáritas parroquiales y ONG... ¡Cuánta belleza de amor!

Hermanos, que el demonio de la división, de la intransigencia, del odio, de la venganza, de los insultos, del desprecio... no nos seduzca. Abramos los pulmones de nuestro ser al buen oxígeno del Amor, de ese amor que nace del costado abierto de Cristo en la cruz, del cual brota la Eucaristía, manantial del amor.

Recemos al Señor para que este “antídoto” de la fraternidad se contagie en el mundo, para que desaparezcan las 30 monedas para matar al hermano,

y para que así podamos salir cada día al balcón de la vida para aplaudir.

Abramos los oídos para escuchar las campanas de nuestras parroquias como signo de solidaridad y de esperanza. Y que un día, no lejano, nos podamos abrazar sin guantes ni equipos de protección, y podamos hablar sin mascarillas. El amor todo lo vence.



Quiero acabar con esta oración al Señor:

Gracias Señor, porque nos amaste hasta el final, hasta el extremo que se puede amar: dar la vida por otro.

Gracias Señor, porque en la última cena partiste tu pan y compartiste tu vino, para saciar nuestra hambre y nuestra sed...

Gracias Señor, porque en la Eucaristía nos haces Uno contigo, nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos a entregar la nuestra...

Gracias Señor, porque en el pan y el vino nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia.

Gracias Señor, porque quisiste celebrar tu entrega, en torno a una mesa con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor.

Bendice nuestra cena, Señor; bendice a nuestros hermanos más frágiles y enfermos con quienes hoy nos sentimos especialmente unidos; que la fraternidad les ilumine y les dé esperanza.

AMÉN

ANTE CRISTO QUE MUERE POR SALVARNOS, ¡OREMOS!



VIERNES SANTO

10 de abril de 2020

«Había allí una jarra llena de vino agrio. Empaparon una esponja en el vino, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. Jesús bebió el vino agrio y dijo: Todo está cumplido. Luego inclinó la cabeza y murió» (Jn 18, 1 - 19, 42)

Hermanos y hermanas que seguís esta celebración litúrgica en la Catedral, hermanos y hermanas que la seguís también a través de los medios de comunicación: la televisión, la radio, Instagram... Que Dios os bendiga a todos.

Estamos en una celebración litúrgica austera. Como esta Semana Santa, así fue la primera Semana Santa, en la que Jesús fue protagonista viviente aquí en la Tierra y en Jerusalén: dura, difícil, en silencio, en soledad, como lo es hoy también. Una celebración que tiene una primera parte de escucha de la palabra de Dios, de recordar todo lo que pasó hace dos mil años, un segundo momento de adoración de la Cruz, que haremos en unos momentos, y la plegaria universal ante Cristo crucificado que da la vida para salvarnos a todos.

Roguemos por la Iglesia y por el mundo entero y, de manera especial, por nuestros hermanos que sufren más a causa de la pandemia del coronavirus, por sus familiares, por los que han muerto, por los que están en los hospitales, por los que están en cuarentena... Roguemos por todos ellos y, después, al final, podremos comulgar aquí, y vosotros desde casa podéis hacerlo espiritualmente.

Una celebración un poco distinta de lo habitual, austera, porque Cristo ha muerto. Será mañana, sábado por la noche, cuando nuevamente con gozo cantaremos la resurrección de Jesucristo.

Esta lectura de la Pasión de Jesucristo me recuerda cuando era yo un cura joven. Todos los años hacía los ejercicios espirituales en un monasterio de monjes cistercienses. A las cuatro de la madrugada iban a la iglesia para participar en la oración litúrgica del oficio de lecturas. Y cuando acababan esta plegaria, tenían una hora de oración personal, de cinco a seis de la madrugada: era una hora de oficio de lecturas y una hora de plegaria personal, de lectio divina. A mí siempre me sorprendía que uno de los monjes, el que trabajaba de portero en el monasterio, cada día y todos los años que iba, cuando acababa el oficio de lecturas, se dirigía al lado de la puerta del claustro, donde estaba la cruz de Jesucristo, una gran cruz del crucificado. Se arrodillaba allí y pasaba la hora rezando. Yo lo veía año tras año. Era un hombre de una gran cordialidad, de actitud de servicio, de alegría. Siempre que ibas al monasterio te encontrabas a este hombre, era muy agradable, muy amable, muy servicial.

Cuando murió, los monjes me decían: «¿Ha visto a este hombre? Para nosotros era un santo. ¡Cómo rezaba y cómo daba testimonio de la muerte de Dios!». Yo me preguntaba: «¿Dónde encontraba ese hombre esa fuerza, esa espiritualidad, esa alegría, esa actitud de servicio?» ¿Dónde la encontraba? La encontraba en ese contacto personal con Jesucristo en la cruz. De la Cruz mana siempre esta esperanza, esta alegría, esta libertad.

Y la liturgia de hoy nos invita a todos a mirar a Jesucristo y rezar delante de Él sin muchas palabras. Probablemente, meditando la pasión de Jesucristo según San Juan tal como la hemos oído hoy en la lectura, haya detalles que nos han llegado al corazón: cómo Jesús habla a Pilatos, cómo es apresado, cómo

carga con la cruz, cómo lo crucifican, cómo muere, las palabras que dice, cómo nos entrega a su madre.



Cada uno de vosotros y de nosotros ha sido tocado por alguna actitud o palabra de Jesús. Mirad, no olvidéis que esta meditación de la Pasión de Jesucristo es la fuente de santidad para todos nosotros. *La Imitación de Jesucristo*, un libro muy antiguo, que todos los santos han leído y han meditado sobre lo que dice, en el libro segundo afirma “Si no sabes meditar en cosas elevadas y celestiales, descansa en la pasión de Cristo, y detente a pensar como morando en ellas, en sus sagradas

llagas. Porque si te refugias devotamente en esas cicatrices y preciosas llagas de Jesús, sentirás gran fortaleza en la aflicción, no harán mella en ti los desprecios de los hombres”. ¿Veis? Él habla desde la experiencia. Si estás unido a Cristo, a sus heridas, no sentirás los males de la vida, “sentirás gran fortaleza en la aflicción, no harán mella en ti los desprecios de los hombres, y soportarás con facilidad las palabras de los que murmuran contra ti”. Ojalá, hermanos y hermanas, que nosotros pudiésemos seguir y vivir esta enseñanza de *La Imitación de Jesucristo*.

Pero también me pregunto yo, después de oír el relato de la Pasión de Cristo, ¿Qué mensaje? ¿Qué podemos aprender del Señor, del Hijo de Dios, condenado y crucificado en un día como hoy, en el primer Viernes Santo de la historia?

En primer lugar, quizás la pobreza, esa pobreza voluntaria, elegida por el Señor. Él es despojado de sus vestiduras, desnudo, sin nada. Él es el Salvador del mundo. Tenemos que despojarnos de tanta riqueza, de tantos adornos, de tantas cosas innecesarias.

Segunda cosa que podemos aprender, la caridad perfecta, el amor, carga sobre sus hombros las deudas, incluso de los que lo matan. Toma el pecado de todos, incluso de los que le odian, de los que le condenan. Muere por todos. Una caridad perfecta, el amor para con todos. ¿Te queda alguien en tu corazón a quien no puedes ver o a quien te cuesta perdonar? Esta tarde, mirando a Cristo, dile ‘te perdono’, ‘te amo’. Verás cuanta paz encontrarás. Y recibirás la fuerza del Señor que te ayudará a perdonar.

Tercero, una inmensa misericordia, porque no solo nos lo perdona todo, el Señor, sino que nos concede contemplar su rostro en el Paraíso. Jesús dice: Perdónalos porque no saben lo que hacen. Excusa

todo. Y le dice al buen ladrón: hoy, me verás, en el Paraíso. Hoy. ¡Qué bonito! Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino. Te lo aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso. Y me verás. ¡Qué bonito! Inmensa misericordia del Señor con el buen ladrón; con todos.

Cuarto, la perfecta obediencia del Señor. No ha hecho más que la voluntad del Padre, entregando su vida hasta la muerte. Le cuesta enormemente, le cuesta entrar en la Pasión, no entra con gusto. Le cuesta, pero le gusta obedecer al Padre y por eso dice: «No se haga mi voluntad sino la tuya» y «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Esa obediencia le da libertad y le da una paz que él ofrece a los que le miran y a los que le rodean. Esa gratitud, esa gratitud de su amor, porque vive en obediencia total al Padre. ¿Te cuesta obedecer? ¿Te cuesta seguir los planes del Señor? Acéptalos, cogido a la cruz del Señor y encontrarás esa paz que el mundo no puede dar.

Quinto, la paciencia perfecta en los más crueles suplicios. Aguanta, resiste... Hay un santo ortodoxo, Silvano del Monte Athos, que siempre repetía: «aguanta en el infierno y no desesperes». Aun en los peores momentos de tu vida, no desesperes, aguanta. Y esa resistencia es lo que te ayuda a acoger la paz y la salvación que vienen de Dios. Es verdad, los santos nos enseñan la resistencia. Y Cristo resiste con paciencia, aguanta, lo ofrece todo por la salvación del mundo, por nosotros.

Sexto, una firmeza inquebrantable para enseñarnos a perseverar. Se mantiene firme y no se doblega. Jesús por tres veces se levanta; no puede más, pero se levanta. No puede con la cruz y le tienen que poner a Cireneo, pero él sigue adelante. Es maravilloso. ¿Y cuánta gente hay hoy en el mundo que no se doblega? Vemos a los médicos y a las enfermeras y a

los que trabajan por salvar a los enfermos del coronavirus que están agotados, pero siguen. Siguen luchando, por amor a la humanidad, por amor a los hermanos, por amor a todos nosotros, en actitud de servicio. Y las madres, que aguantáis a vuestros hijos, en las dificultades y en los problemas. Esa firmeza, eso es lo que salva y os da también a vosotros una gran alegría.



Por último, la oración continua. Porque incluso suspendido en la cruz, clavado en la cruz, Jesús no deja un solo instante de orar al Padre del cielo. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Perdónalos. Tengo sed. ¡Cómo se dirige al Padre! Son frases cortas, son miradas, pero es oración que brota del corazón. No dejéis, no dejemos nunca, ni en las peores circunstancias, de mirar al Crucificado y de decirle cualquier palabra, siempre en confianza. Santa

Teresita del Niño Jesús decía, -y ella es maestra de oración, es doctora de la Iglesia, el Catecismo de la Iglesia cuando habla en el capítulo cinco de la oración, la primera definición que pone sobre la oración es la propuesta por esta santa- orar es exhalar un suspiro. Un suspiro que sale del corazón hacia el Señor. Un Ay, un Oh, un lloro, un grito, a veces una palabra, a veces una oración... pero es, sobre todo, ese suspiro, esa mirada de amor a la Cruz.

Que hoy y mañana, de manera singular y particular, todos miremos a la Cruz que nos ilumina y nos da la salvación. Todos recordamos, mientras ardía la Catedral de Notre-Dame de París, aquella impactante imagen de un templo quemado donde todavía quedaba, en el altar mayor, la cruz entera, iluminada, como signo de esperanza. La Cruz es la esperanza. La Cruz es nuestra salvación. Ella nos llevará siempre a la resurrección y al triunfo.

AMÉN



CRISTO HA VENCIDO A LA MUERTE ¿POR QUÉ TENER MIEDO?



VIGILIA PASCUAL

11 de abril de 2020

«El ángel dijo a las mujeres: No os asustéis. Sé que estáis buscando a Jesús, el crucificado, pero no está aquí; ha resucitado, como dijo. Venid a ver el lugar donde lo pusieron. Id aprisa y decid a sus discípulos: ‘Ha resucitado y va a ir a Galilea antes que vosotros. Allí le veréis.’ Esto es lo que yo tenía que deciros» (Mt 28, 5-7)

Queridos hermanos y hermanas que seguís esta celebración a través de 8TV y el canal YouTube de la Catedral; hermanos y hermanas que participáis en esta celebración, a todos: **¡Feliz Pascua de Resurrección!**

Celebramos con alegría la victoria de Jesús sobre la muerte. Un reguero de esperanza, de ilusión y de paz mana del sepulcro de Cristo abierto y lleno de resplandor. ¡Cristo ha resucitado!

En silencio, con una alegría contenida, celebramos:

El triunfo de la vida

Cristo ha vencido a la muerte. ¿Por qué tener miedo? Siempre me ha impresionado ver que los mártires cristianos se acercaron a la muerte en paz e incluso cantando Salmos e Himnos. Esta alegría y esta paz ante la muerte son fruto de la fe en la resurrección. Si vivir es amar, la resurrección de Cristo es el triunfo de la vida, es el triunfo del amor. Sí, hermanos, proclama el Cantar de los Cantares «*el amor es fuerte como la muerte*» (Ct 8, 6), pero ahora podemos decir que es más fuerte que la muerte. Si Dios es amor, ¿cómo no ha de ser el amor lo más fuerte?

Podemos entender las palabras del escritor Gabriel Marcel: «*Amar es decir al otro: tú no morirás, porque yo te amo*». Esto es lo que nos dice hoy Cristo Resucitado.

Y esto lo podemos decir en medio de esta pandemia que nos rodea y atemoriza. Esta situación nos recuerda que no somos eternos, que aquí estamos de paso, y que nos espera una vida en la que podremos ser plenamente felices, siempre que nos abramos al amor de Aquel que es el Dueño de la vida y de la muerte, el Crucificado que ha resucitado, Cristo el Señor.



El triunfo de la esperanza

Ante la Resurrección de Cristo sabemos que el final no será la desgracia, sino la gracia; no el dolor, sino el gozo; no la injusticia o la opresión, sino la liberación. Tenemos también claro que eso no se consigue en un día, pero no perderemos la esperanza porque Dios cumple siempre lo que promete.

La esperanza va siempre unida a la paciencia y a la certeza. Seamos hombres y mujeres de esperanza en medio de este mundo, a veces, triste y que ha perdido la ilusión por el futuro, que solo pretende sacar partido del aquí y ahora. *«Santa María de la Esperanza, mantén el ritmo de nuestra espera».*

Y esa esperanza es la que nos transmiten quienes con generosidad y entrega constante se desviven por vencer la pandemia, por ayudar a los enfermos de este virus, por atender a los más pobres y vulnerables. Hermanos y hermanas, sois testigos de esta esperanza cuando vivís así y os comportáis de esta manera. Gracias. Gracias por ser testigos de esperanza.

El triunfo de la santidad

La Resurrección significa el triunfo de la santidad. Los pecados quedaron clavados en la cruz o enterrados en el sepulcro. También nosotros, por la fe y el bautismo, resucitamos a una vida nueva.

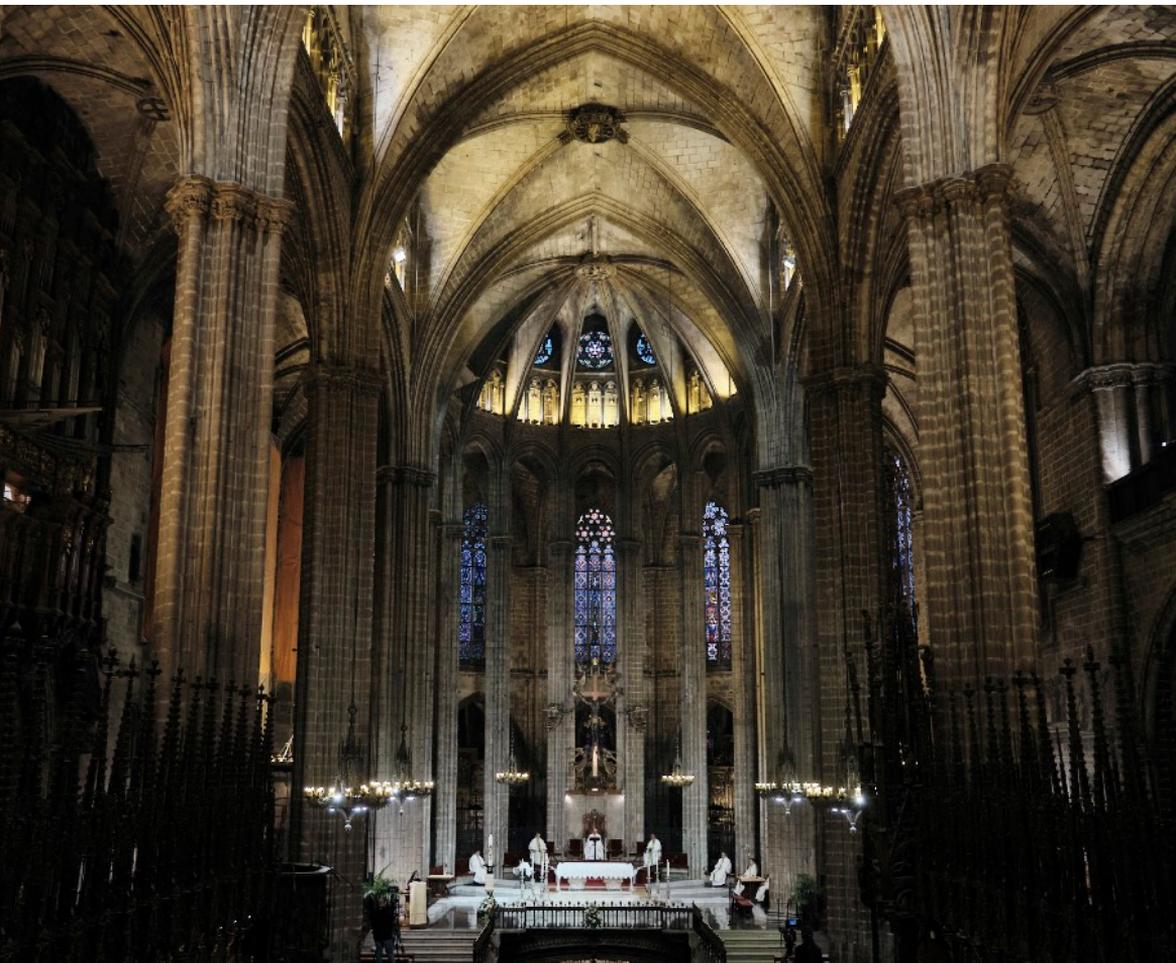
San Pablo nos advierte: *«Celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad) sino con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad»* (1 Cor 5,8).

Por el Bautismo quedamos limpios de pecado, y el Señor nos quiere santos para siempre. Sed santos porque vuestro Padre del cielo es santo. Y ser santo es vivir unido a Cristo y cumplir siempre su voluntad.

Sí, hermanos, no bajemos la guardia ni el listón. Luchemos contra la corrupción y la hipocresía, contra la división y el individualismo, contra la insolidaridad y la maldad; luchemos contra todo pecado.

No bajemos el listón, no nos obsesionemos en almacenar aquí, ya que como nos recuerda el papa Francisco, nunca se ha visto que un coche fúnebre vaya acompañado de un camión de mudanzas... Estamos ante un tiempo de gracia para abrirnos a la solidaridad y, con ello, a la salvación de Dios.

Con la ayuda del Señor podemos y debemos ser santos, santos normales, de los de la puerta de al lado, como dice el Papa. Santos que repartan el buen olor de Cristo.



El triunfo de la alegría

La tristeza de los apóstoles se torna en alegría después de la Resurrección. Cristo inunda de alegría los corazones de los que se encuentran con Él.

Ellos se alegraron de ver al Señor [...]

Llenos de alegría volvieron a Jerusalén [...]

¿Por qué lloras?, dirá Cristo a María Magdalena [...]

La alegría y la paz son los frutos de la Resurrección. Una alegría que no es chillona, sino que es íntima, profunda, permanente, desbordante, alcanza y esponja todo nuestro ser, es contagiosa, no se puede ocultar, es seductora y convincente. Un rasgo que define a los santos es su profunda alegría. «*Un santo triste es un triste santo*», decía Chesterton.

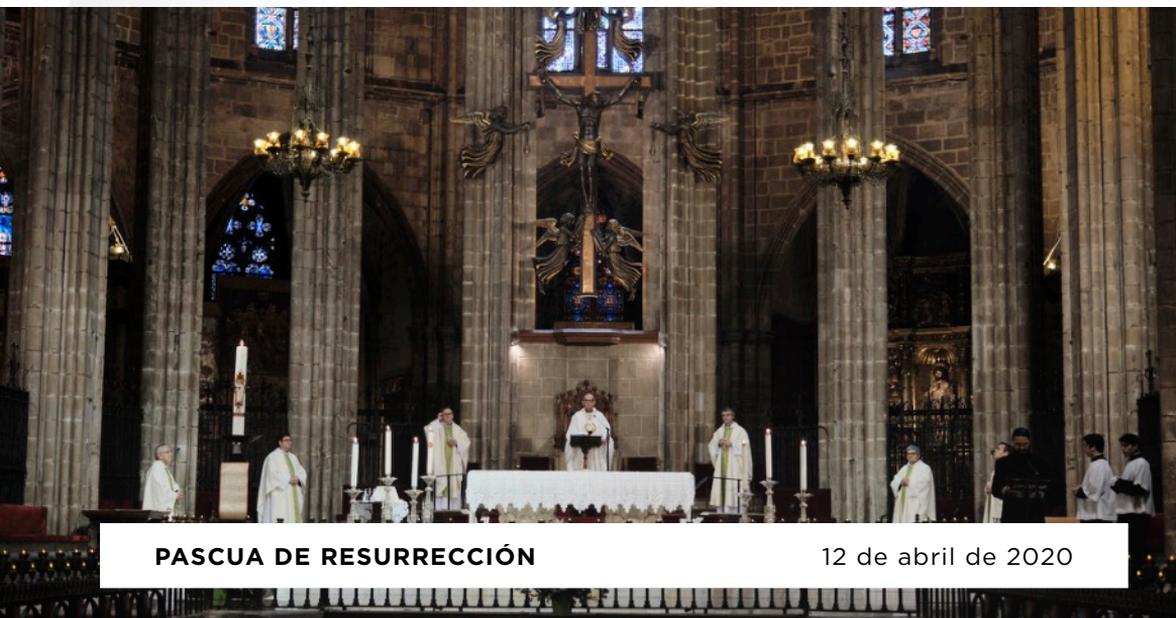
Hermanos y hermanas, en medio de las cruces y de las dificultades de la vida, vivamos alegres sabiendo que Dios está vivo, que Dios nos ama, que nos ama a ti y a mí, y que nos acompaña hoy y siempre, especialmente en medio del dolor, del miedo y de la angustia.

Dejémonos acariciar por Él, por su mano bondadosa en la que aparece la marca de la llaga de su crucifixión.

Dios es amor y te ama. Por eso podemos decir: ¡Aleluya!

AMÉN

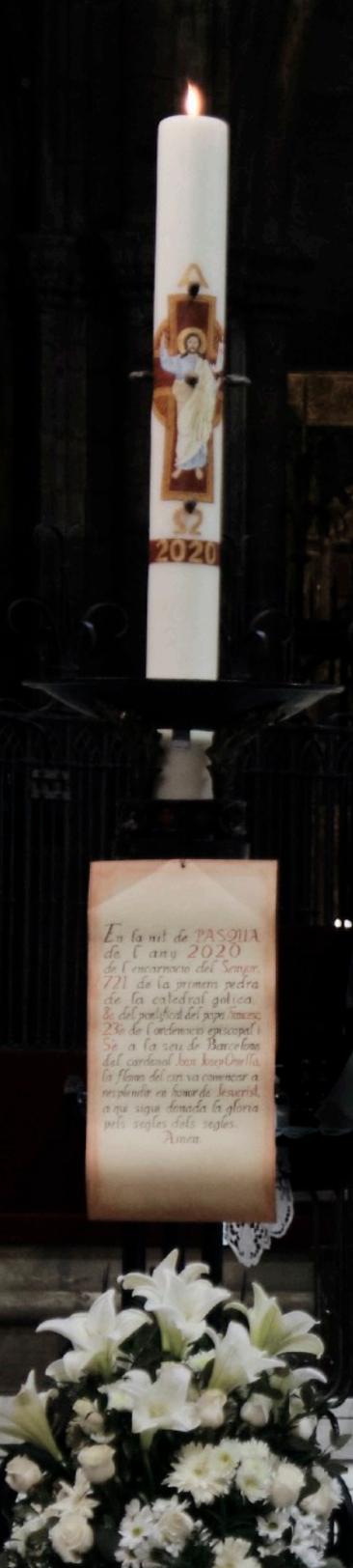
¿QUÉ CEGUERA NOS IMPIDE VER AL RESUCITADO?



PASCUA DE RESURRECCIÓN

12 de abril de 2020

«El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, y vio quitada la piedra que tapaba la entrada.» (Jn 20, 1)



Queridos hermanos obispos y sacerdotes que nos acompañáis, queridos hermanos y hermanas que seguís esta celebración a través de 8TV, Radio Estel y el canal Youtube de la Catedral. Quiero dar las gracias, sobre todo, a 8TV por el servicio que ha hecho estos días de Semana Santa, que nos ha permitido llegar a mucha más gente, de una manera, quizás, más visual. Muchísimas gracias por este servicio que habéis hecho al pueblo de Dios, al pueblo cristiano. Muchas gracias.

¡Feliz Pascua de Resurrección!

Celebramos con alegría la victoria de Jesús sobre la muerte. Un reguero de esperanza, de ilusión y de paz mana del sepulcro de Cristo abierto y lleno de resplandor. ¡Cristo ha resucitado! Exclamamos los cristianos, especialmente en un día como este, la Pascua de Resurrección.

Pero quizá hoy pueda surgir en el corazón de muchos una pregunta como esta: ¿De veras Cristo ha resucitado? ¿Dónde está y dónde podemos encontrarlo?

Primeros testimonios

Estas mismas preguntas se hicieron los discípulos de Jesús, los apóstoles. No daban crédito a que Cristo hubiese resucitado. Pero lo encontraron, el Señor salió a su encuentro y lo reconocieron. A raíz de esta experiencia se convirtieron en sus testigos.

Cristo se les manifestó a través de pequeños signos, hasta el punto de que comió con ellos y se dejó tocar las llagas de las manos, de los pies y del costado.

Es cierto que nadie estaba presente en el momento de la resurrección de Cristo. Pero son muchos los signos que apuntan a este acontecimiento meta-histórico.

Uno de estos signos aparece reflejado en el evangelio que acabamos de proclamar. Pedro y Juan, cuando entran al sepulcro, ven *«los lienzos echados, pero el sudario, que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte»*. Juan vio y creyó.

El Nuevo Testamento contiene otros signos reveladores de la resurrección de Jesucristo:

Uno precioso es el del encuentro de María Magdalena con aquel que parecía un hortelano cuando este le pregunta: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». María le responde: «si te lo has llevado tú, dime dónde has puesto el cuerpo y yo misma me lo llevaré». Entonces dijo Jesús con la voz del hortelano: «María». Ella se gira, lo reconoce y lo abraza.

También es maravilloso el pasaje del peregrino, el desconocido, que se hace el encontradizo con los dos discípulos que caminan desanimados hacia Emaús. Entonces, Cristo sale a su encuentro, sin que lo reconozcan, los escucha, los anima, los consuela, les da esperanza y, finalmente, lo reconocen al partir del pan. Entonces regresan a Jerusalén llenos de alegría para anunciar que Cristo está vivo.



Hay muchos más signos reveladores de la resurrección de Jesucristo, pero permitidme terminar hoy con uno impresionante: me refiero a la pesca milagrosa en el lago de Galilea. Tras la muerte de Jesús, mientras los discípulos están en la barca pescando en el lago de Galilea, se les acerca un desconocido que desde la orilla les dice: «echad la red a la derecha de la barca y hallaréis pesca». Así lo hacen y la red se llena de peces. Y es entonces cuando Juan lo reconoce y dice: «Es el Señor». Una vez en la orilla pudieron verlo, conversar y hasta comer con Él. ¡Qué Dios más impresionante es el nuestro! ¡No deja jamás de maravillarnos por su inmensa humildad y proximidad!

Pero, algunos dirán, eso fue hace cerca de dos mil años. **¿Hay testigos más cercanos que nos puedan dar testimonio de Cristo resucitado?**

Cito solamente a dos:

André Frossard, ministro de la III República francesa y secretario general del partido comunista francés, escribió un libro en el que cuenta cómo se encontró con Cristo. El libro se titula *Dios existe, yo lo encontré*. Lo podemos encontrar todavía en las librerías, existe, se puede leer. Preciosa narración en la que cuenta su vida y cómo fue su encuentro con el Señor, que le llevó a bautizarse y a entrar en la Iglesia Católica. Un encuentro que cambió totalmente su vida.

Paul Claudel, diplomático y poeta francés, en la Catedral de Notre Dame de París, mientras el coro cantaba el Magnificat de las Vísperas de Navidad, tuvo un arrebató interior y oyó una voz interior que

le decía: «*Dios está aquí y te ama*» y esa certeza de la presencia de Dios le hizo reavivar la fe y volver a formar parte de la Iglesia que había abandonado.

Ellos son, entre tantos otros, hermosos testigos de la alegría que da el encuentro con Cristo Resucitado. Ellos, que lo han encontrado, nos dicen: No temáis, Cristo está vivo, nos acompaña, no nos abandona, es el Dios del amor y de la paz.

¿Dónde está hoy el Resucitado?

¿Qué signos tenemos para reconocerlo? Quizás también sean estas las preguntas que muchos de vosotros podéis haceros en vuestro interior. Sí, sí, todo eso es muy bonito, pero en este tiempo de pandemia, en este mundo de hoy tan complejo y convulso, con tantos problemas y tanta soledad, tantas guerras y tanto sufrimiento, ¿dónde encontrar al Resucitado?

Miremos atentamente a nuestro alrededor y descubramos esos santos de la puerta de al lado, como dice el papa Francisco. Son los verdaderos testigos que nos muestran que Cristo sigue vivo. Ellos se lo han jugado todo por Él y, no sin dificultades ni problemas, viven con paz y alegría.

Donde hay caridad y amor allí está el Señor. ¿No veis esa presencia del Señor en tantas personas que aman gratuitamente, que gastan y se desgastan por los demás, que ponen su vida al servicio de los más pobres y desvalidos, aun a costa de perderla?

Dice el evangelio: «*Donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo*». ¿No veis al Señor

Resucitado en esos grupos de personas muy diversas en manera de ser y de opinar, pero que son capaces de unirse por un proyecto común al servicio del pueblo, del bien común?



Diurne de Pasqua 2019

¿Sabremos descubrir la llamada que nos hace el Señor Resucitado a cambiar de actitudes y a comprometernos a ir todos de la mano, escogiendo lo que nos une?

¿Seremos capaces de despojarnos de nuestros egoísmos, pensando más en los otros, en el bien de todos, especialmente de los más pobres y necesitados? Si lo hacemos, se verá en nosotros al Resucitado y sentiremos su presencia.

Recemos con intensidad para que los que ocupamos cargos de responsabilidad ejerzamos el poder buscando siempre el bien común, dejando verdaderamente a un lado todo interés particular, toda alternativa que solo busque sacar rédito privado provocando enfrentamientos, muros y divisiones.

Lo que hagáis a uno de mis hermanos más pequeños a mí me lo hacéis, dice Jesús en el evangelio. ¿Tan ciegos estamos para, por ejemplo, no ver en Madre Teresa de Calcuta, en su atención a los más abandonados y descartados de la sociedad, el rostro y la ternura de Dios?

Y, ante el miedo y la incertidumbre que produce el coronavirus ¿no es signo del Resucitado todo el derroche de amor y de entrega que está generando en tantos creyentes y en tanta gente de buena voluntad? Todo esto es signo de la presencia del Resucitado, como los «lienzos echados» que Pedro y Juan encontraron en el sepulcro vacío, signo de su resurrección.

La pregunta no es ¿dónde está Dios?, sino ¿qué ceguera nos impide ver al Resucitado presente entre nosotros y que actúa a nuestro alrededor y en nuestra propia vida?

Quizá deberíamos hacer una sencilla oración:

*Señor, que te vea, que te reconozca.
Aumenta mi fe.*

Y, seguidamente, decir con el apóstol Santo Tomás, el incrédulo, tocando las llagas de Jesús, del Crucificado y Resucitado:

Señor mío y Dios mío, creo en ti.



Hermanos, que la alegría y la paz de Cristo resucitado llenen vuestras vidas y vuestros corazones. ¡Feliz Pascua de Resurrección!

AMÉN



Emmo. y Rvdo. Sr. Cardenal Juan José Omella
Arzobispo de Barcelona

El cardenal Juan José Omella nació el 21 de abril de 1946 en la población de Cretas, Teruel, archidiócesis de Zaragoza. Estudió en el Seminario de esta diócesis y en Centros de Formación de los Padres Blancos en Lovaina y Jerusalén. El 20 de septiembre de 1970 recibió la ordenación sacerdotal y en su ministerio trabajó como coadjutor y como párroco.

Entre 1990 y 1996 fue vicario episcopal en la diócesis de Zaragoza, momento en que fue nombrado obispo auxiliar.

El 27 de octubre de 1999 le fue encargada la diócesis de Barbastro-Monzón, de la cual tomó posesión el mes de diciembre. Entre el 24 de agosto de 2001 y el 19 de diciembre de 2003 fue administrador apostólico de Huesca y, al mismo tiempo, entre el 19 de octubre de 2001 y el 19 de diciembre de 2003, administrador apostólico de Jaca. El día 8 de abril de 2004 es nombrado obispo de la diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, de la cual tomó posesión el 29 de mayo.

El 6 de noviembre de 2015 se hizo público su nombramiento como arzobispo de Barcelona, de cuya sede tomó posesión el 26 de diciembre del mismo año.

Erigido cardenal por el papa Francisco el 28 de junio de 2017, es presidente de la Conferencia Episcopal Española desde el 3 de marzo de 2020.



Publicacions de la
Catedral de Barcelona